

siempre era grave, que siempre era triste, que siempre era amarga, como la literatura de Arguedas o la literatura de Vargas Llosa, son unas literaturas muy duras, muy graves, y toda la literatura latinoamericana, creo yo, es una literatura en la cual el humor prácticamente no existe o muy poco; en cambio, en el Perú sí había una cierta tradición de escritores como José Díez Canseco, escritores como Ricardo Palma, pero que había desaparecido en los últimos treinta años; en todo caso, eso me importó muchísimo.

Sin embargo, mi vida transcurría en Europa. Recuerdo alguna vez conversando con Mario Vargas Llosa que le dije quisiera escribir una novela sobre París. Y él me dijo, ¿por qué quieres escribir sobre París?, y le dije porque creo que nunca he descubierto tanto hasta qué punto se es algo como en París. París es una ciudad que no sirve para otra cosa más que para mostrarle a uno hasta qué punto es extranjero, hasta qué punto es peruano, hasta qué punto aquel humor de que hablaba no sirve para nada, aquella oralidad tampoco entretiene, la cortesía es una pérdida de tiempo. Y fue así como empezó a nacer en mí la idea de explotar personajes peruanos, un poco nuevamente como Henry James lo hizo con los personajes norteamericanos. La lectura de James me apasionó siempre, bueno, después de los quince años. Y me preocupé mucho de esto en una novela que fue muy mal recibida en América Latina, porque prácticamente todo el mundo esperaba que yo siguiera haciendo eternamente mundos para Julius, que mantuviera a este niño eternamente vivo, que no se acabara esa novela, creo que esa es la explicación. Quise hacer una novela inteligente, cosa que no me salió por supuesto, quise hacer una novela astuta, quise hacer una novela caótica, quise hacer una novela sobre un personaje absolutamente loco, que es el personaje que yo más quiero de mis libros, Pedro Balbuena, de *La Pasión según San Pedro Balbuena que fue tantas veces Pedro y nunca pudo negar a nadie*, título tan largo que los editores tuvieron que reducirlo a *Tantas veces Pedro* porque no cabía en la portada. En esa novela me obsesionó eso, precisamente, ver a un peruano que se vuelve loco por insistir en ser peruano. La novela transcurre en Estados Unidos, en California una parte, otras partes en París, otras partes en otras ciudades de Francia, otras partes en Italia, etc. Y este personaje trata siempre de ser peruano y no lo logra, no es comprendido, su existencia es caótica; yo quise también hacer una novela de estructura caótica, desordenada, y, finalmente, creo que esto no lo estructuré bien, pero de todas maneras esa novela me sirvió enormemente para saber lo que quería hacer y es empezar con lo que había sido el mito de París para América Latina; empezar con la demolición de un mito, el mito de París, que para todos los latinoamericanos es algo enorme. En las primeras páginas de otra novela, *La vida exagerada de Martín Romaña*, llega Martín Romaña a París por primera vez y ve Notre-Dame, y dice en Lima era mucho más bonita. La cultura francesa desde luego es universal, dice en Lima Notre-Dame irradiaba, aquí no irradia, es una iglesia; en fin, empieza así, pero me interesó luego otra cosa y es a qué se debía también el mito de París, a una serie de escritores, y entre los cuales el más importante o el más reciente había sido Ernest Hemingway, que había inventado un París, un París maravilloso, una maravillosa mentira literaria, Hemingway fue un genial mentiroso sofisticado como diría Cocteau, y había inventado un París como Stendhal inventó un territorio de la pasión que se

llamó Italia. Martín Romaña, lector furibundo de Hemingway, adora París y se va a vivir al París de Hemingway, lógicamente se encontrará con el único París que existe, un París pequeño burgués, repugnante, de porteras, vecinas con perritos detestables que lo acusan a uno, etc., y llegará a un momento de su vida en que sentado después de muchísimos años, en París, en un café, en el mismo café en que Hemingway escribió algunos de sus cuentos, tomando exactamente el mismo vino que Hemingway, comiendo las mismas ostras, sienta un enorme deseo de irse a París. Ha olvidado completamente que vive en París. Hay otro París. Esa ha sido la última búsqueda que he emprendido, la de buscar la quintaesencia de lo peruano a través de los enfrentamientos culturales; así como Pedro Balbuena se desplazaba de un país a otro y conocía una serie de personajes, y descubre a través de los personajes femeninos, por ejemplo, que estamos lejísimos en la época en que más cerca estamos con los aviones, sin embargo, es totalmente imposible dialogar con otra persona de otro país, etc., y ser peruano; él tiene que ser otra cosa, entonces se convierte lógicamente en un mitómano, una persona que inventa historias alrededor de su vida, historias que, como le dice un amigo al final, cuando ya está a punto de ser asesinado por la única persona que lo había comprendido en un instante de la vida, y que él había hecho toda una vida en torno a esta persona, un personaje llamado Sophi, va a ser asesinado y recibe una última carta de un gran amigo de él un médico peruano que no tenía ningún problema en París, se había instalado peruanísimamente en París y jamás había comprendido nada, y había podido seguir siendo peruano tranquilamente. El doctor Chumpitaz le escribe finalmente una carta, en que le dice jamás te creí nada, ninguna de tus historias, tú nunca engañaste a nadie más que a ti mismo, lo que siempre se te creyó fueron las lágrimas. Y le manda fruta, pero Pedro Balbuena ha entrado ya en la decrepitud y en la locura y ha inventado finalmente una máquina para olvidar, pero se da un día cuenta que incluso después de llegado el olvido se acuerda perfectamente de todo, de demasiadas cosas, y en el instante en que fuerza una última tentativa de olvido es asesinado por la persona que no quería ser olvidada por él. Martín Romaña, en cambio, es un personaje que vive, es más vital probablemente que Pedro Balbuena, es menos loco, porque es más observador y más constataador.

Desgraciadamente, también había tenido que enfrentarme a otro problema, el problema de que la oralidad de mis narraciones hubiesen llevado a la crítica decir que yo era un hombre que escribía eternamente su biografía. Eso me preocupaba muchísimo porque yo sabía y no quería que me dejaran olvidar mi verdadera vida. Los críticos decían le sucedió esto, le sucedió lo otro; por ejemplo, el último problema que he tenido con un crítico italiano, Walter Mauro que estaba haciendo un trabajo sobre mi obra y que había hecho todo un largo ensayo sobre el complejo de Edipo en *Un mundo para Julius* y luego comenzó a tratar el complejo de Edipo en *La vida exagerada de Martín Romaña*; estaba tan obsesionado con el complejo de Edipo que incluso cuando presentó en Italia *Un mundo para Julius* decía el señor Echenique, el señor Echenique, yo le decía, pero no mate usted a mi padre, el problema de Edipo lo tiene usted tan enorme que mata hasta mi padre, me llamo Bryce, y él insistía en decir señor Echenique; y descubrió para su profunda angustia que la madre de Julius y la madre de Martín Romaña son dos personajes totalmente diferentes, y vino

desesperado a preguntarme qué pasaba, por qué tenía dos madres; yo le dije que le iba a dar la dirección de mi madre en Lima, para que fuera a ver quién era, cuál era la realidad, y que yo tenía el derecho de fabular como todos los demás escritores. Por eso en *Martín Romaña* hice una tentativa última de desvincularme de la crítica, poniendo en actividad a un personaje llamado Alfredo Bryce Echenique cuya vida se va contando al pie de la letra: en tal año publicó tal novela, en tal año publicó tal libro y Martín Romaña lo detesta y Bryce detesta a Martín Romaña, en fin, es un odio verdadero el que hay entre estos dos personajes, probablemente en el segundo volumen termine en que uno asesina al otro, no sé bien todavía lo que voy a hacer con Martín Romaña; pero desgraciadamente José María Castellet al presentar la novela en Barcelona hace menos de un año dijo que no era tal cosa, que no había dos personajes, que era un caso típico de esquizofrenia. Entonces, claro, es una cosa muy difícil para mí ir desvinculando la realidad y la ficción. Sobre todo cuando después de un congreso de escritores en la Universidad de Berkeley me sucedió exactamente ante la vista y presencia de todos los demás escritores un capítulo entero de *Tantas veces Pedro*. Un capítulo entero sucedió en el aeropuerto varios años después, y eso ha sido el motivo por el cual se dice que son novelas de anticipación, que en realidad yo estoy escribiendo las cosas que me van a pasar. No logro escaparme a ser un verdadero escritor, a ser un escritor autor de su obra, puesto que todos estos personajes, que son ya muchos, que si yo los hubiese vivido todos estaría por lo menos decrepito, se han ido convirtiendo en apoderados míos, en alter egos míos; y yo creo que esto no viene más que de la oralidad, del tono profundamente confesional que tiene mi literatura, que es parte de una oralidad, es parte de un estilo literario que yo he creado. Dice Abelardo Oquendo que existe lo que se llama el tono de Bryce, o lo que Wolfgang Luchting llama el tonito brayciano; una manera de hablar irónica, una manera de hablar tierna, una manera de dar constantes vueltas en torno a una misma cosa y verlas de diferentes maneras, seguir interpretando, etc. Y en *La vida exagerada de Martín Romaña* esto se había convertido para mí en un hecho adquirido, la literatura mía se había ido publicando, y quise incluso regresar al Perú, volver a ver mi madre y decirle que podía estar feliz, que finalmente Proust existía para la familia en Francia, que yo era un elemento más del decorado familiar; desgraciadamente cuando regresé, toqué la puerta, porque quise darle una sorpresa, me abrió un mayordomo nuevo que no me conocía, le dije vengo a ver a mi madre, y me dijo la señora no está, señor Proust, para usted porque está leyendo una novela de Alfredo Bryce. Fue una cosa realmente desesperante esta ubicación en el mundo de las letras y creo que también es cierto lo que dicen algunos críticos de mi literatura, sobre todo Carlos Barral, el editor de casi todos los escritores latinoamericanos, ha dicho que es una literatura profundamente insular, que no tiene precedentes dentro de la historia de la literatura latinoamericana o muy pocos, y que no producirá ningún seguidor, ningún imitador, que apareció conmigo y que desaparecerá conmigo; por lo cual voy a tratar de escribir lo más posible, incluso tal vez Martín Romaña sea el seguidor de mi estilo, el imitador de mi propia literatura. Le estoy delegando poderes cada vez más, Bryce va publicando su obra y Martín Romaña va viviendo la vida que le atribuyen a Bryce, etcétera. Lo que he podido ver en esta última novela y constatar es que el mito de la

ciudad de París ha quedado, como dice el propio Martín Romaña, a la ciudad Luz se le han quemado los plomos, y en largas conversaciones con Julio Ramón Ribeyro hemos llegado a la conclusión de que lo único que habíamos aprendido en París después de tantos años de vida en Francia, es hasta qué punto éramos peruanos y nada más. De lo demás no habíamos aprendido nada. Me interesó, eso sí, hacer la crónica también de la vida de los latinoamericanos en París, de cómo viven ese mito, de cómo sueñan con él, y cómo desde los cafés, desde las reuniones de París se va cambiando, alternando, mejorando, perfeccionando la realidad peruana, mientras está en las noticias de los periódicos es cada vez más catastrófica. Pero en París todo se va solucionando, todo se va arreglando. El tiempo pasa, la marginalidad permite extender la adolescencia hasta que lo sorprende a uno la muerte. Esto ha sido lo que se ha convertido en la obsesión de mi última novela.

Justamente al terminar la novela, donde veo cómo es mirado Martín Romaña por los demás latinoamericanos de París, y cómo en un momento dado es expulsado de todos los grupos políticos, es abandonado por sus mejores amigos, por su esposa, por todo el mundo, tachado de un oligarca podrido que no sirve para nada, absolutamente para nada. Así termina la primera parte de este díptico que se llama «Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire»; es un hombre que está rememorando su vida, ya muy mayor y escribe así su primera novela, aquella que jamás pudo escribir porque no lo dejaron los acontecimientos políticos, etc. La izquierda peruana lo obligó a escribir una novela entera sobre los sindicatos pesqueros del Perú, algo que él confesó que jamás había conocido; escribió una novela pésima que se la rechazaron y sólo antes de morir, probablemente, está escribiendo sus memorias, y de pronto se da cuenta que está alterando, transformando, que los recuerdos son olvidos, etc., y que está escribiendo su única novela. Así termina esa primera parte del «Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire», porque está sentado en un sillón Voltaire a lo largo de toda la novela, lo cual ha motivado que muchos fotógrafos, incluso el pintor peruano Herman Brown haya venido a mi casa a hacer el retrato de Alfredo Bryce en un sillón Voltaire y han descubierto que yo nunca tuve un sillón Voltaire. Nuevamente había ya la acusación de biografía y me encontraron sentado en un cómodo sillón modernísimo, con botones, como los aviones, desilusión total.

Me interesa ahora para seguir con este enorme fresco de tantos años en París, recoger nuevamente el personaje de Martín Romaña, e introducirlo ya de frente en la realidad francesa, ya integrado totalmente a la realidad francesa, donde será descubierto por la aristocracia francesa, por la nobleza francesa, puesto que lo han convencido que no es más que un oligarca podrido, pero ahora es tachado de peligroso izquierdista, de tercermundista, de individuo activista y guerrillero, etcétera, y terminará, finalmente, sin saber quién es. Al haber escrito la historia de su vida habrá dejado de existir, lógicamente. Y de allí creo que volveré a los temas peruanos. También se me ha dicho mucho en unas críticas que mi literatura no era peruana ya, puesto que el espacio regional no existía, la región latinoamericana no estaba en ella. Sin darse cuenta que eso mismo se le había dicho a Henry James, que había sido el menos norteamericano de los escritores. Pero al final se ha visto que es el más norteamericano de todos, porque justamente supo quintaesencializar al norteamericano-